

zando ya á ganar sin contradicción los laureles inmarcesibles que ciñeron su frente.

Poco vivió ya el referido coliseo, y aun esto arrastrando una existencia lánguida y enfermiza, ora en brazos de Talía y Melpómene, ora en los de Terpsicore y Euterpe. Las prodigiosas campañas de Napoleón, sus no interrumpidas victorias, tantos tronos por tierra, tantos otros mal seguros en sus cimientos, tantas revoluciones consumadas ó inminentes, hicieron enmudecer las musas. Por otra parte, fuese verdad ó pretexto, se dijo que el susodicho teatro amenazaba ruina, y por los años de 1804 ó 1805 hubo de cerrarse, para no volverse á abrir hasta el carnaval de 1811, en que se habilitó para bailes de máscaras, que se repitieron en el de 1812. Teatro político, no ya lírico ni de declamación ni coreográfico, todavía hizo el notable servicio de dar acogida á la *representación* española en las Cortes de 1814, muertas de mano airada. Más adelante se decretó su demolición, que tardó un año, y su reedificación, que tardó más de treinta. Es verdad que la mayor parte de ellos más ha dormido que progresado la obra; es verdad también que se han invertido en ella millones que hubieran sobrado para erigir una magnífica catedral, y materiales que en cantidad y calidad hubieran venido muy holgados á una ciudadela; es cierto que, así como el salón de Oriente sirvió por espacio de muchos años para el Congreso de los diputados, pudo darse definitivamente esta aplicación al edificio, asignando el Estado una parte de las crecidas sumas empleadas en el palacio costado *ad hoc*, á la construcción de un teatro más ligero, aunque no menos cómodo y elegante, y situado más en el centro de la población; no es dudoso que ese sempiterno expediente admitía otras varias resoluciones de evidente utilidad, en cuyo examen no queremos entrar, y tampoco ofrece duda, porque la experiencia no ha tardado en demostrarlo, que el nuevo coliseo causara la ruina de cualquiera otro que no sea de poco más ó menos, como ya ha causado la del *Teatro Español*, y otros dos ó tres, y que aun así no podrá vivir de sus propios rendimientos, porque si continúa sirviéndose con el lujo que ha ostentado en su estreno, sus gastos han de exceder en mucho á sus *productos*, aunque siempre se ocupen todas las localidades; y, por otra parte, á poco que se economice en el número y calidad de cantantes, profesores para la orquesta, coros y acompañamiento, partituras y decoracio-

nes, los ingresos habrán de disminuir considerablemente. De este círculo fatal no se puede salir, porque la población de Madrid no reúne las condiciones de las de Londres y París, y aun de las de Nápoles, Viena ó Milán, para sostener dignamente tan ostentosos espectáculos, á menos de conceder á la empresa que haya de entender en ellos una subvención de treinta mil duros anuales por lo menos; cosa que no parece ahora muy realizable, pero de que no nos pesarla, siempre que se principiase dispensado igual beneficio al Teatro Nacional, más benemérito y más necesitado. Pero el hecho es que, celebrado por unos, mordido por otros, tenemos en Madrid un teatro más, y éste tan capaz, bien distribuido y lujoso como cualquiera de los mejores de Europa, aunque irregular y mazacote en su exterior, que si ha costado mucho, también dice el refrán *á buen bocado buen grito*; que haber hecho lo que se ha hecho y no otra cosa, es prueba de loable constancia; que estaba de Dios que había de ser una vez más coliseo público y coliseo para canto y baile el que tantas veces lo fué: *sibi constet*; que esta clase de edificación tenía sobre cualquiera otra la preferencia que dan los derechos adquiridos; que á menos de restituir el terreno á su pristina aplicación de *caños y lavaderos*, lo que procedía es lo que se ha llevado á efecto; y últimamente, que pues el edificio en cuestión *amphora caput institui*, bueno es que no haya razón para exclamar *¿cur urceus exit?*

Volvamos á nuestro carril, que ya hemos divagado más de lo regular.

Mala organización de las compañías y escaso número de sus individuos. Ya en otro lugar hemos apuntado que los cómicos españoles vivieron en perdurable ambulancia desde que empezó á ejercerse esta industria por los profanos, y que á esta vida errante les obligaba en un principio la falta de teatros fijos, buenos ó malos. Añadiremos ahora que, aun después de logrado este progreso continuó siendo trashumante la profesión en todo el siglo xvii y la mayor parte del siguiente, hasta cuya época la mayor temporada en que cada compañía usufructuaba un coliseo dentro ó fuera de Madrid no pasaba de dos ó tres meses; y esto sucedió, sin duda, porque el número de personas dedicadas á la vida de la escena creció en proporción del de comedias que se escribían, y el público, amigo de la variedad en todo tiempo, no sólo quería satisfacerla en punto al reper-

torio dramático, sino al de los muchos comediantes que se disputaban la honra de comunicárselo por ojos y oídos. Se relevaban, pues, frecuentemente las compañías hasta turnar cuantas valían algo en todas las poblaciones importantes, y las menos hábiles, donde podían. Ahora bien, gentes que pasaban la tercera parte del año en portearse ellas y su mezquino y forzosamente derrotado equipaje por esos caminos de Dios (del diablo dirían otros), ¿qué estudios serios podían hacer, qué espacio ni facilidad tenían para la atenta observación de una sociedad en la cual sólo eran huéspedes transeuntes? Por otra parte, la formación de tales compañías tenía que resentirse de la misma vida traqueteada que llevaban. Antes que el interés del arte, era fuerza consolar la necesidad de llevarse bien y de ayudarse recíprocamente en los contratiempos y las privaciones á que de continuo se exponían. Eran, pues, aquellas asociaciones otras tantas familias, en que se procuraba que todos ganasen, si quiera mecánicamente, el pan que todos comían, y como éste no abundaba, si hemos de creer á más de un indicio vehemente, era también muy natural que se escatimase en lo posible el número de bocas. El donoso Agustín de Rojas dice sobre este particular cuanto puede apetecer el curioso lector, y lo dice con gracia tan peregrina y franqueza tan candorosa, que por no extendernos demasiado renunciaremos con sentimiento á copiarle. Diremos sólo que por testimonio suyo había *hasta ocho maneras de compañías y representantes y todas diferentes*, á saber: *bululú, ñague, gangarilla, cambalco, garnacha, bogiganga, jarándula y compañía*, contando desde una sola persona hasta *doce*, de que en su máximo solía componerse una compañía ya merecedora de este nombre. El verídico autor prueba este aserto en la loa que él mismo compuso para la presentación de su compañía en Valladolid; todos sus individuos son interlocutores en la loa, y resultan ser tres mujeres, ocho hombres y un niño. Adviértase que ya corría el siglo xvii, y que Valladolid era á la sazón la residencia de la corte. Tan reducido número de actores no alcanzaba al de personajes que actúan en la mayor parte de los dramas contemporáneos; y una de dos, ó para facilitar de cualquier modo su representación eran implamente refundidos y mutilados, ó había cómico á quien se repartían dos y aun tres papeles distintos.

Son muy obvias las consideraciones que de esto contra los progresos del arte se desprenden, y siendo ocioso, por lo mismo, el explanarlas, pasemos á otro asunto.

Ausencia de toda policía y buen orden en los espectáculos escénicos. Ya en gran parte hemos probado esta triste verdad al reseñar la imperfecta é incómoda construcción de nuestros teatros, y su no menos viciosa administración. Donde era tan limitado el número de espectadores que viesen la función sin codazos y apretones y angustias, y sin riesgo de que el sol los quemase ó los calase un aguacero; donde casi tenían que pagar cuarto á cuarto los pocos que costaba el espectáculo, por ser muchos los partícipes y hacer todos ellos en el acto su cobranza, dando ocasión tan extraña práctica á disputas, fraudes y extorsiones, eran punto menos que imposibles el decoro y la compostura que todo teatro exige, si quiera sea corral. Muchos eran los que con especiosos pretextos, y aun sin dignarse de allegar ninguno, se colaban sin pagar. En su primera loa se queja ya de este abuso el mencionado Rojas.

..... « Entran sin dinero
Paje, ruñán, valiente y caballero. »

Así lo dijo, *coram populo*, que no se mordía la lengua el desenfadado representante; y como, tras de divertirse gratis, todavía se propasaban á insultar á los pobres comediantes, añadió:

« Bárbaro, simple, bestia, almidonado,
Poeta, bachiller, valiente, ó nada,
Ya que no pagues, no seas mal criado,
Pues por hablarnos bien no pierdes nada. »

Había entonces y subsistió mucho tiempo después otra costumbre, capaz por sí sola de acabar con el último rasgo de grata ilusión que tan informes espectáculos pudiesen insinuar en el ánimo más entusiasta: la de venderse durante la función agua, aloja, vino también, probablemente, confituras, torrados, piñones, etc., y por último, la gente menuda del patio, los llamados *mosqueteros*, ¡tales eran de belicosos y atrevidos!, ejercían impunemente ilimitado imperio sobre los actores y los autores y el resto del público, ora con aplausos, ora con silbidos, denuestos y otros adherentes más significativos. Esto, como ahora se dice, no necesita comentarios.

Condición legal de los actores. En esta parte, los de España libraron mucho me-

lor, desde que los hubo, que los de otras naciones cultas, sin excluir la cultísima Francia. Las leyes los infamaban sin razón, es cierto, pero las costumbres templaban en gran parte ó casi anulaban al rigor legal; y en tanto, lejos de arrojarlos de su gremio la Iglesia, negándoles hasta la sepultura, como sucedía en París con el gran *Molière*, y como hasta en nuestros días ha acontecido á otros compatriotas suyos, con escándalo del mundo civilizado, sino los panteones de los reyes como á *Garrick* y otros actores ingleses, se franquearon los de grandes y nobilísimos señores, en esta nación católica por excelencia, al buen *Lope de Rueda* y á otros. Pero aun así, gozaban los comediantes españoles, como clase, de escasa consideración, pues desde la primera autoridad civil hasta el último de sus esbirros podían vejarnos, multarnos y prenderlos sin más ley que su antojo, y esta falta de independencia y de respetabilidad colectiva, hubo de ser uno de los mayores obstáculos para el lustre y crédito de la profesión. La profesión misma estuvo una y otra vez amenazada de muerte por teólogos cavilosos, aunque quizá bienintencionados, que ya que nunca lograron abolir de todo punto el teatro, pudieron suspenderlo por largas temporadas, algunas de muchos años, y siempre tuvieron suspendida sobre este arte asendereado la espada de Damocles.

Relaciones sobrado familiares entre los mosqueteros y los actores. Que así eran, ya lo demuestran los versos poco ha transcritos, pero aun citaremos otros del mismo verídico autor del *Viaje entretenido*, que lo pondrán más de manifiesto.

Ya arguye desde luego poca dignidad de parte de los cómicos la misma práctica constante de inaugurar cada compañía en cada teatro las funciones que había de ejecutar en él, con una loa en que procuraba captarse la benevolencia, ó al menos desarmar la ira de la insubordinada y agresiva multitud. Tan humillante sacrificio, no ya del artista, sino del individuo voluntariamente sometido á semejante tribunal, es un oprobio que en mal hora pesó y nunca debería volver á pesar sobre los actores, por más que toda la culpa no fuese suya, sino también de los gobiernos que lo consintieron. Ha de tenerse entendido que en aquellos groseros introitos no siempre se adulaba bajamente al mosqueterismo; pues, por el contrario, más de una vez se le colmaba de graves dicitos y no venia-

les injurias. Rojas declaró en una ocasión desear á sus oyentes :

« Una tos que los ahogue,
Una mujer que los pele,
Y una sarnaza perruna
Que les dure ochenta meses. »

Otra vez, después de referirles el cuento de un labriego que con alas postizas quiso volar, y como por su necia temeridad fuese segunda burlesca edición de Faetonte, y exclamase que hubiera, sin duda, volado á no faltarle la cola, se expresa en estos términos dirigiéndose al patio :

« Bien podré decir ahora
Que entre muchos que aquí hablan,
Hay algunos á quien sobra
Lo que al Labrador faltaba, etc. »

El populacho, de suyo bonachón para quien le trata con cierta llaneza, si ya ha cobrado sobre él algún ascendiente, sufría por lo visto con seráfica paciencia y hasta aplaudía con candorosas risotadas tales insultos, pues á no ser así, hubiera desde el primero escarmentado al *loista* para que no le quedase gana de reincidir; pero se reservaba el derecho de continuar ejerciendo su omnínoda soberanía, silbando á diestro y siniestro, y aun haciendo retirar á tronchazos al actor ó actriz que no era de su superior agrado, erigiéndose en juez caprichoso de ellos y de ellas; no sólo en lo relativo á su profesión, sino á su vida y costumbres y hasta á su figura buena ó mala. En las dichas loas, y no eran más pulcras las de otros autores, se embutían toda suerte de baratijas históricas, mitológicas y metafísicas, con tal licencia y con tan buena elección, que asunto fué de una de ellas la apología del *cerdo* : perdone y pásmese el lector; y por colmo de abnegación, por no decir de cínica desvergüenza, contaban los recitantes sus propias culpas, flaquezas, miserias y adversidades. Por una de esas introducciones rimadas sabemos de la propia boca del tantas veces citado Agustín de Rojas, que fué estudiante, soldado, galeote, escribiente, paje, lacayo y hasta pícaro de marca antes de parar en comediante, en cuya profesión, ya de por sí aventurera, no le cupo una existencia menos aventurera y aventurada. Lo que él no dice, pero de su ameno libro se infiere, es que fué hombre de talento no vulgar, muy dado á la lectura, como lo muestra la grande erudición de que hace gala, no siempre con oportunidad : que su estilo,

aunque á veces sentencioso en demasía, es agradable y desembarazado, su dicción correcta y fácil, y que en su versificación, aunque desigual y con tendencia á prosaísmo, hay algunos trozos que le acreditan de poeta no mediano.

Queda demostrado que faltaba á la generalidad de los autores en la época á que nos referimos aquella dignidad personal de que un artista no puede eximirse si aspira á no ser vulgar y adocenado; y pues algunos se ponían á sí mismos en escena del modo que hemos visto y lo consentían sus compañeros, todos incurrían á sabiendas en la misma nota.

Carencia de una acertada dirección de escena, etc. Ni acertada ni errada se puede decir que entonces la hubiese. El jefe de cada compañía en lo artístico como en lo gubernativo y económico era el *autor*, que con algún fundamento pudo llamarse así mientras compuso comedias ó remendó las de otros, pero con harta impropiedad ha conservado hasta hace pocos años el mismo nombre, pues nada escribía ni inventaba. No obstante, por algún lado le cuadraba el título, porque *autor* es de una compañía el que la forma, y á veces poco más que de la nada; pero aquel nobilísimo empleo viniendo á menos de año en año, ha quedado ya reducido, aunque con la misma pomposa denominación, á una especie de ayudante de campo de las empresas, con puntas de mayordomo y ribetes de inspector, que los descansa en lo más mecánico y chinchorro del negocio, y suele también representarlas ante las autoridades cuando se teme de ellas alguna fraterna ó hay que pedirles la condenación de alguna multa. También suelen ser ellos los que á telón corrido ó entretelón y candilejas anuncian al público de viva voz los percances imprevistos que no ha habido tiempo de anunciar en los carteles, y las mutilaciones y variantes que ha sido preciso improvisar en la anunciada función. Ahora bien, la falta de constante y seguro domicilio que afligió á las compañías de comediantes por espacio de más de un siglo; primero porque no existía para ninguna, y después porque á manera de arcaduces de noria vivían en continuo movimiento, pues salían hoy de un teatro que apenas habían calentado para mal vivir en otro algunas semanas, y en otro y otro hasta correrlos todos; lo reducido de los escenarios, que en su mala construcción corrían parejas con el resto de los pseudo-teatros, y á los cuales abo-

caban en aposentos ó sillas algunos espectadores, amén del magistrado que presidía, y que allí mismo tenía su silla, que probablemente no sería curul, y sin contar la orquesta también situada en el tablado, y que por cierto se reducía á un par de guitarras, tañidas sabe Dios cómo, el escaso número de mal pintados telones que, fuesen á propósito ó no lo fuesen, servían, porque así se lo mandaban, para la multitud de mutaciones que exige nuestro antiguo teatro; igual penuria é impropiedad en muebles y acompañamientos; el ningún estudio que se ponía en vestir cada figurado personaje como reclamaba la época y condición en que vivieron real ó ficticiamente; tantas circunstancias negativas, sin otras que luego apuntaremos, nos persuaden, no sólo de que no hubo ni á principios del siglo XVII ni mucho tiempo después verdadera dirección de escena, sino de que era materialmente imposible que la hubiese.

Multitud de representaciones privadas con el nombre de particulares. Como ya hemos dicho que la afición á las comedias era desmedida, no contentos los pudientes con asistir á las funciones de los corrales, llamaban á sus casas á los actores para que trabajasen en ellas. Con qué medios y de qué manera, ya se deja entender, pues como aquellos señores sólo iban á satisfacer un capricho pasajero, no habían de alzar de la noche á la mañana un teatro con todos sus menesteres. Y notemos de paso que mientras en general el alto clero se mostraba tan hostil como podía á autores y comediantes, de curas y frailes se componía la mayor y mejor parte de nuestros escritores dramáticos; y todo fraile que podía frecuentaba los corrales, faltase ó no á la regla de la orden, hasta que se emplearon medidas muy severas para que se retirasen á ser menos mundanos; y entendiéndose (esto es lo más curioso) que no pocos de los dichos *particulares* tenían lugar en los mismos conventos; y no sólo en los de *frailes*, sino también en los de *monjas*. ¡Qué vasto campo de importantes reflexiones para los políticos y los filósofos! Por lo que atañe al arte de la declamación, nadie desconocerá que semejantes excursiones no hubieron de favorecer mucho su desarrollo y perfeccionamiento, si bien los actores aumentaban con ellas los medios de proveer honradamente á su manutención, proporcionado á los más sobresalientes útiles relaciones de que para su

fama ó para su peculio sabían sacar partido.

Autos sacramentales. Sabido es que se efectuaban en plazas ó calles públicas, sobre carros que llevaban de acá para allá al tablado y á los representantes, que eran los mismos de los corrales; que la declamación, sobre enfática por excelencia, porque los argumentos de aquellos dramas lo requerían, había de ser á grito herido para que desde sus balcones la oyese los Consejos ante quienes, uno después de otro, se repetía la función, y desde otros balcones, ó ventanas ó tejados, ó desde la santa calle, la apiñada y devota multitud, que no por solazarse, y de lo lindo, con la tarasca y los gigantes y las danzas y mojigangas y vejigazos que amenizaban la fiesta, quedaba menos edificada, pensando piadosamente, con los misterios á cuya representación asistía... ¿Y el arte?... Dios guarde á usted muchos años.

Falta de crítica literaria. No hay noticia de que nadie cultivase en regla y de intento este ramo del saber humano, que tan útil es á los progresos del mismo cuando no degenera en personal y virulenta sátira. Tal cual epigrama más ó menos sangriento, con que á veces se escopeteaban los autores entre sí, tal cual soneto ó madrigal apologetico, ya de un escritor á otro, su compadre, ya de un barbilindo á la actriz de su predilección: á esto se reducía la crítica sobre literatura en aquellos benditos tiempos. Si en ellos hubiera existido el periodismo, él la hubiera ejercido, ora bien, ora mal, ora medianamente, como hoy acontece, y no hubieran faltado ni materiales ni plumas para la terrible *gacetilla*, que ya ha venido á ser la parte más interesante, aunque peligrosa, de nuestros diarios; tan empachados están de la alta política, y de las mutuas recriminaciones, y del ministerialismo, y de la oposición, y de partidos, y clubs, y coaliciones... en fin, de toda esa monserga que á otros gusta y aprovecha, los muchos millones de españoles que, cansados de experimentos y vicisitudes y trastornos, sólo piden paz y gobierno, vengán de quien vinieren. Además, la crítica con aplicación al teatro, y á la declamación sobre todo, tiene que ser continua si ha de producir algún resultado: lo de el llanto sobre el difunto le viene de molde, porque las impresiones que deja cada representación de estreno son harto fugitivas, especialmente cuando abundan como tanto abundaban entonces los dramas

nuevos. Sólo, pues, la prensa periódica puede seguir la pista de artes que tan velozmente caminan, y como sabido es que en tiempo de Lope y Calderón ni aun se soñaba por acá en imprimir periódicos, ni políticos, ni artísticos, ni literarios, á excepción de la *Gaceta de Madrid*, que no se metía en tales dibujos, disculpados quedan por ende nuestros mayores si unos no emplearon y á otros no pudo aprovechar tan poderoso estímulo para alentar y premiar á los buenos artistas, y para corregir á los malos. Esto, en cuanto á la comedia puesta en acción, que por lo que respecta al arte de escribirla, tampoco le hubiera dañado la pública discusión, siendo cortés, discreta y razonada.

Índole especial de la literatura dramática de aquella época. Llegamos á la última en el orden que hemos establecido, pero á la primera en importancia de las causas á que atribuimos los progresos sobrado lentos de la declamación en nuestro país. El drama español, ó por decirlo mejor, la comedia española, que con este nombre se distinguen todas las obras dramáticas que ligeramente vamos á examinar, ¿era bastante á propósito para que al interpretarla mostrasen y luciesen los actores su talento imitativo? No por cierto. Somos los primeros en reconocer y admirar las altas dotes de los insignes poetas que en el siglo de los Felipes cultivaron el poema escénico: no somos ciegos sectarios de su escuela; pero confesamos de buen grado que los vicios inherentes á ella están compensados con bellezas de primer orden en no pocas de las comedias que escribieron: más diremos; los materiales de mejor ley para el buen drama con todas las condiciones de tal, filosóficas y literarias, no escasean en aquel copioso repertorio; en otras de suma irregularidad suelen hallarse escenas, ya en el género serio, ya en el festivo, con tal naturalidad dialogadas, y con afectos y costumbres tan convenientes á cada interlocutor, que el mismo puritanismo de *Moratin* nada hubiera hallado que reprender en ellas; comedias enteras merecieron ser imitadas, y algunas casi literalmente traducidas por un *Cornelle*, por un *Molière*, sin contar las muchas que plagiaron otros autores franceses de segundo orden, cuando ya el teatro de aquella nación blasonaba, no sin justicia, bajo el concepto del decoro y de la verosimilitud, de haber llegado á un grado de perfección de que otros distaban mucho todavía. Pero estas gloriosas excepciones, ¿qué dicen en favor del

verdadero objeto del arte dramático, cuando contamos á millares las comedias en que sus autores lo perdieron enteramente de vista; obedeciendo más de lo justo á los arranques de su lozana y harto libre imaginación? Aun cuando en el fondo acertaban, y esto no de ordinario les acontecía, con la artística imitación de la verdad, bien en los incidentes, bien en los caracteres, bien en el diálogo, lo amanerado y conceptuoso del estilo, la incuria en el lenguaje, la excesiva redundancia en unos casos, y en otros la obscuridad ó la anfibología, malograban sus más felices inspiraciones. Es muy común en los momentos más peligrosos, más terribles, el emplear los personajes de aquellos dramas agudezas impertinentes, discusiones académicas y retruécanos pueriles. En situaciones no menos interesantes se ve la acción paralizada por diálogos sempiternos, en que una esgrima acompañada de antítesis inoportunas y otras sutilezas escolásticas hace ver que los interlocutores no están afectados de los sentimientos que la acción reclama y el poeta les atribuye, ni de otro que no sea el de lucir fuera de sazón un ingenio de que en muchos casos ni aun pueden verosímelmente estar dotados. Pase en una égloga lo de *amant alterna Camenæ*, pero pocas veces podrá convenir al drama, y esas con mucha sobriedad. También llega á ser muy reprehensible en el referido teatro el abuso de los *apartes*, no sólo de unos personajes para con otros, sino de uno mismo, que incessantemente, y también á veces con estudiada alternativa, habla con los demás que actúan en la escena y con su conciencia, ó su dolor, ó su ira, ó su amor, ó su honra. Las costumbres históricas ó contemporáneas pocas veces están de acuerdo con la época y nación á que se refieren. Griegos, ó romanos, ó persas, ó escitas antiguos; franceses, ó italianos, ó polacos, ó ingleses modernos; todos, y especialmente los primeros galanes y las primeras damas, tienen cierto barniz de actualidad española. Esta misma actualidad estamos persuadidos á que sólo en algunos rasgos, aunque de los más característicos, se pinta fielmente en nuestras comedias de capa y espada; á saber: en el delicado y suspicaz pundonor de los caballeros, en ser dadvivos, hospitalarios, fieles á su palabra, muy dados á pendencias y galanteos, y si se quiere hasta en tratar con sobrada familiaridad á sus criados, compensada en ocasiones con pun-

tapiés y cintarazos. Por lo demás, no es fácil de creer que á las damas castellanas de aquellos tiempos se las educase, y sin excepción, con tan exquisito esmero que pudiesen victoriosamente ergotizar con los más estirados escolares de Salamanca. Mucho es y ha sido siempre el innato ingenio, y mucha la peregrina gracia de nuestras amabilísimas compatriotas, pero no sabemos que otros testimonios más fehacientes confirmen los de los poetas en punto á si se cuidaba antaño más que ogaño de fortalecer y pulir con el estudio tan felices dotes naturales. Por otra parte, si hubiéramos de dar entero crédito á nuestros antiguos dramáticos, habríamos de sacar en consecuencia que en nada pensaban los padres menos que en criar á sus hijas con púnica modestia y cristiano recogimiento, algo más útiles y recomendables para las doncellas que el título de marisabidillas. En las comedias á que aludimos, son poco menos raras que el ave Fénix las damas que en ausencia de padres ó hermanos no abran á sus galanes, no sólo las puertas, sino hasta los balcones; y no contentas con esto, ó por necesidad, ó por celos, ó por mero capricho, los citan al Prado de San Jerónimo, á casa de una amiga, á la iglesia, á donde pueden, ó se quitan de cuentos y los persiguen en sus propias posadas, sin otra precaución que un velo poco fiel á la consigna, y una criada no menos requerida y emprendedora que su ama respectiva.

Que algo de lo arriba dicho hubo entonces de suceder, como ahora sucede y eternamente sucederá, no pretendemos negarlo; pero hacer regla general de una excepción, y poco laudable, es demasiada licencia poética. Hay que agradecer, sin embargo, á la mayor parte de aquellos ingenios, que escaseasen ejemplos de los resultados graves y de bulto á que tales aventuras eran harto ocasionadas, pero de todos modos no eran muy edificantes, que digamos, sus lecciones, y excusamos detenernos en probarlo. ¿Y cómo es que aquellos padres eran tan ciegos ó tan poco vigilantes que así se la pegaban siempre sus hijas? Verdad es que tal incumbencia es más propia de las madres; pero apenas se halla una ni para un remedio en el inmenso archivo de nuestras comedias *famosas*. ¿Por qué? ¿Eran acaso viudos todos aquellos buenos señores? Esto ya es menos que inverosímil; se increíble. Á un amigo y compañero nuestro, muy versado en todo género de literatura, y especialmente en la dramática, hemos

oído aventurar la especie de que, sin duda por ser tanta la respetabilidad del carácter de madre, se abstuvieron nuestros antepasados de sacarlo á las tablas ni para bueno ni para malo; pero replicaremos que, en nuestro humilde dictamen, hartos más se ofendía á las matronas castellanas con eliminarlas de la escena; pues esto argüía, ó que nada importaban en la familia, con ser parte en ella tan integrante y de tal valía, ó que en general eran culpables de punible abandono en la educación de sus hijas, si no de complicidad en sus arriesgadas galanterías. Lo contrario no parece más probable. Padres y madres, éstas sobre todo, debieron de celar con nimio rigor la honra de sus hijas, que era la suya propia; la familia hubo de ser en aquella era un santuario donde no era lícito penetrar á la juventud masculina de la nobleza contemporánea, que es la que juega en el teatro de Calderón, Moreto, Rojas, etc.; juventud aventurera, muy dada á la carrera militar, y por consiguiente tan desenfadada y libertina por lo menos como la de nuestros días; no existía la *tertulia*, que más tarde nos importaron los franceses, y de los mismos escritores citados sabemos que, fuera de los espectáculos, y á falta de cafés y casinos, los puntos de reunión de aquellos hidalgos eran las casas de juego ó el mentidero de las gradas de San Felipe. Por tanto, los poetas, ó formaron una sociedad ficticia para su uso particular, ó conociéndola imperfectamente, sólo quisieron pintarnos algunas de sus fases, ó más bien algunas de sus aberraciones, las que más se prestasen á satisfacer su inclinación y la del público á lo enmarañado y novelesco de las fábulas dramáticas. Del manoseado precepto *aut prodesse volunt, aut delectare poetæ*, sólo en lo segundo ponían especialísimo conato, dejando el *prodesse* en todos conceptos al púlpito y al confesonario. Pecando, pues, en todos sentidos contra la verosimilitud, la pluralidad de las comedias que recitaban, faltando además en nuestro antiguo caudal dramático la filosófica representación de muchos caracteres, y hasta de clases enteras, los cómicos, á quienes se pide, no sólo la verosimilitud, sino la verdad misma en el ejercicio de su profesión, poco pudieron realmente sobresalir en ella, pues como los autores solían hablar más á la fantasía que á la razón, hasta imposible había de ser á veces á aquellos el poner en consonancia sus gestos y ademanes con el texto que reproducían.

Hubo, no obstante, aplausos sin cuento y merecida celebridad para aquellos comediantes, especialmente desde que andando el siglo xvii y con la decidida protección de Felipe IV, prosperaron los teatros de España cuanto cabía en la creciente decadencia del Estado; y las compañías, no ya tan desprovistas de los necesarios pertrechos, llegaron á ser en Madrid más numerosas y escogidas, siquiera porque con frecuencia trabajaban en el suntuoso aunque privado coliseo del Buen Retiro. ¿Alcanzaban los actores tan satisfactorio galardón de sus tareas porque interpretaban con la posible exactitud los conceptos de los poetas; ó no obstante lo poco que éstos atendían á que siempre estuviesen en perfecta consonancia los versos con las ideas, y las ideas con los caracteres y las situaciones, y éstas con el todo la ficción dramática, corregían á fuerza de arte en la voz y en la gesticulación tan graves faltas? Á lo primero nos atenemos, porque lo segundo rara vez sería factible y muchas absurdo, y porque es de suponer que impregnados del espíritu de la época, también los actores propendiesen más á lo fantástico que á lo verdadero, más á deslumbrar que á persuadir, más á halagar el oído y la vista que á cautivar el corazón de los espectadores. Por eso el vestir, ya que no con propiedad, con todo el lujo que sus medios y los de sus protectores permitían, emulando unos con otros, las actrices especialmente, en gala y bizarría, que así consta haberlo hecho á porfía desde mediados del siglo á que nos referimos; por eso la buena figura, cierta elegancia convencional en las modales, algo de rígida majestad en ocasiones y de garbosa desenvoltura en otras para estar en la escena ó para andar por ella, sano pulmón, voz simpática y sonora y un tono agradablemente cadencioso en la recitación, fueron sin duda requisitos de que en menor ó mayor grado no podían carecer damas y galanes, por lo mismo que no se les pedía otros, aunque en este punto fuese el auditorio menos exigente con barbas y graciosos y demás partes subalternas. Diremos de paso que algunas de las cualidades que acabamos de apuntar, y especialmente las de buena voz y agradable figura, nunca se debieran dispensar á los actores, y aun menos á las actrices, cualesquiera que sean su categoría y su especialidad; porque lo ridículo y deforme se puede figurar; pero no así como quiera se estira lo menguado, se rejuvenece lo viejo, se hermosea lo feo, ni

se ennoblece lo ruin: lo más que puede conseguir un artista de sumo talento es que el público le disimule tales defectos, si los compensa con otras prendas de mucho relieve, pero no que del todo los olvide; pues el diálogo mismo con harta frecuencia los denuncia evidenciando lo mal que concuerda la copia con el original. Que en las enunciadas exterioridades venía fundándose el mérito principal de nuestros comediantes, y así continuó aun después de la radical revolución que obró Maiquez en el arte de la escena, lo pueden aún atestiguar, no sólo los ancianos, sino muchos que todavía no lo son, aunque andan cerca de serlo y en cuyo número ¡ay! nos contamos. Actores y actrices hemos conocido, y muy estimables por cierto, que aunque capaces sin duda de brillar en mejor escuela, nunca quisieron desposeerse de la tradicional en que se educaron, y como de ellos se dijese que *cortaban bien el verso y pisaban bien las tablas*, á poco más se limitaba su ambición artística. Por lo mismo, preferían al moderno el teatro antiguo, que se prestaba mucho más á su amanerada canturía; canturía que no acertaban á desechar ni aun en la prosa, cuando se veían precisados á trabajar en dramas de fecha más reciente.

En resumen, creemos que á la sazón no fué la declamación lo que siempre debe ser, porque no recae sobre dramas en que debida y cumplidamente se pudiese ejercer, y por las demás razones que hemos expuesto, pero fué todo lo que pudo ser atendidos los elementos con que contaba; esto es, una especie de gimnástica agradable acompañada de una manera de decir que por la uniformidad de las inflexiones y cadencia hubiera podido pautarse como el canto llano; pero grata al oído, y muy adecuada al estilo floridamente enfático y poético en demasía de las escenas á que se aplicaba. Los poetas tuvieron ciertamente en aquellos comediantes los intérpretes que más convenía á la índole y estructura de aquellas comedias. No dudamos tampoco que cuando algunos actores tropezaron con rasgos de verdadero sentimiento, con pinceladas de enérgica verdad en la pintura de costumbres, se penetrasen de ello y supiesen comunicarlo al público, hasta donde los resabios adquiridos lo consistiesen, y aun á veces olvidándolos sin querer ellos mismos; pero estos no eran más que preludios del arte verdadero que aun no existía ni podía existir, destellos de inspiración artística que

casi podrían reputarse defectos dentro del sistema halagüeño, pero falso, que prevalecía. En las escenas, ó más bien en las disputas amatorias de que tanto abundan los aludidos poemas dramáticos, rayarían con frecuencia en la perfección, y no lejos de ellas estarían en las polémicas caballerescas que acababan de ordinario, sino principiaban, arguyéndose á cuchilladas; pero ni aun tales lances eran en la comedia muy conformes generalmente con lo que pasa en el mundo, y es consiguiente que tampoco podían serlo en la representación. De todos modos, hasta para la verosimilitud relativa á que se aspiraba en las funciones de teatro debió de perjudicar al conjunto de las compañías lo poco que solían cuidarse los poetas de que todos los personajes fuesen lo que cada uno debiera ser en su esfera: sabido es que de ordinario todo lo sacrificaban al lucimiento de los dos ó tres papeles; el galán, la dama, el gracioso, á veces el barba; pero en tal caso con detrimento de alguna de las otras partes principales. Ingenios, y no vulgares, que en nuestros días hagan otro tanto, no faltan; pero esto nunca merecerá nuestra humilde aprobación. Mereció la del público español el sistema mímico declamatorio de que dejamos hecha mención, ni más ni menos que la literatura de que era intérprete; no porque la generalidad de los espectadores tuviese aptitud para dar su valor verdadero á la apenas interrumpida contienda de argucias y silogismos, prenda capital de los diálogos que oía; pues al contrario, presumimos que de tales primores poco ó nada sacarían en limpio los mosqueteros; sino porque los alardes de ingenio, siquiera estriben en vanas y pueriles sutilezas, y no decimos que eso se observe siempre en nuestro teatro antiguo, tienen en todo tiempo el privilegio de cautivar la atención y captarse la benevolencia y aun la admiración de la multitud. Ahora mismo lo estamos viendo todos los días: suelen hacer poca ó ninguna sensación los más delicados rasgos de pasión, de talento, de agudeza, si se expresan con la sencillez y claridad que constituye una gran parte de su mérito; y un pensamiento falso, extravagante, paradójico, una cláusula empedrada de vocablos ampulosos y figuras estrambóticas, pero vacías de sentido, rara vez dejan de hacer fortuna: la hace siempre cualquiera latinajo, aunque de mil espectadores sólo dos docenas sepan lo que significa. Además, ¿no eran hartos incentivos para los que asistían á los corrales la

infinidad de lances y peripecias que prestan tanta animación á las comedias consabidas, el sumo conato que sus autores ponían siempre en ensalzar todo lo que era español, los chistes del obligado gracioso, que aunque no todos oportunos ni de recibo, siempre fueron el más sabroso manjar para el patio y la cazuela; aquel lenguaje, si á veces incorrecto y alambicado, siempre decente, pulcro y urbano, y por fin tanta poesía allí á granel derramada?

Otra prueba de que la escuela de declamación española, á pesar de su evidente é inevitable imperfección, no carecía de atractivos, nos la suministra el diligente don Casiano Pellicer cuando en su apreciable tratado sobre el *Origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* nos dice que de continuo ejercían con aplauso su profesión en Italia comediantes españoles; lo cual no es muy de admirar dominando en aquella hermosa península, donde no las armas y el derecho de la corona de Castilla, por lo menos su grande influencia; pero Pellicer añade que también viajaban y no en balde á la nación francesa nuestros espectáculos teatrales, y entre otros testimonios de esta satisfactoria verdad aduce el de haber seguido á la infanta doña María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, la compañía de Sebastián de Prado, cuando aquella augusta señora se casó con el monarca francés Luis XIV. Allí permanecieron algunos años nuestros cómicos representando ante aquella ilustrada corte con la aceptación que naturalmente se infiere de haber regresado á Madrid Sebastián de Prado, no sólo cargado de aplausos, sino de regalos, de modo que llegó á juntar gran caudal de dinero y alhajas. Es de advertir que por faltar á la compañía española el más importante de sus miembros, pues dice de Prado el referido autor que fué de los más famosos, hábiles y virtuosos comediantes del siglo XVII; que su elegante figura, su pericia cómica, sus honrados proceder y buenas costumbres le adquirieron la admiración y el aplauso común, que señores y señoras se esmeraban en regalarle, etc., etc.; es de advertir, repetimos, que la ausencia de actor tan célebre y aventajado, no impidió que nuestras comedias continuasen representándose en París, pues consta que Francisca Besón, actriz no menos notable que formó parte de la citada expedición en calidad de primera dama, actuó como tal por espacio de once años en la capital de Francia de donde volvió á esta

coronada villa cargada de aplausos, de alhajas, de años y de achaques.

Por mucho que influyesen en tales lauros y crecidas remuneraciones los respetos y la protección de la mencionada reina y la galantería de la corte francesa, debieron de ser nada vulgares la gracia y la pericia de los actores españoles para sostener honrosamente tan larga competencia con los de París, que para su lucimiento disponían de obras más á propósito, por estar escritas con la regularidad é intención moral que faltaban á la mayor parte de las nuestras.

Hemos omitido franca y lealmente nuestra opinión sobre el estado del arte en aquel interesante período; opinión que no pretendemos dar por infalible, aunque hemos procurado mostrar que es fundada; pero antes de pasar adelante en nuestras investigaciones dejaremos consignado, con presencia de los datos que los ya citados autores y otros nos suministran, que si hubo actores de uno y otro sexo no exentos de los deslices á que su género de vida fué siempre y entonces más que nunca ocasionado, otros y otras dieron ejemplo de virtudes, tanto más meritorias cuanto que todo en torno suyo conspiraba á hacerlas difíciles en extremo. El mismo Sebastián de Prado que, mientras permaneció en las tablas se hizo, como hemos dicho, no menos plausible por su buena conducta que por su habilidad, se retiró del teatro para tomar el hábito en uno de los conventos de esta corte. Cristóbal Santiago Ortiz, famoso actor y autor de compañía, fué también un modelo de cordura y moralidad. Él mismo pidió al gobierno saludables providencias que, purgando á las compañías de la chusma introducida en ellas, especialmente en las de la legua, librasen á los artistas honrados y laboriosos de las censuras y persecuciones que afligían á justos y pecadores. Él nos dice que, sin duda por ser tantas y tan poco tangibles atendida su constante movilidad, se acogía á las compañías mucha gente de mal vivir, hulda de la justicia, incluso frailes y clérigos fugitivos y apóstatas de sus hábitos, siendo las mujeres que llevaban consigo la capa con que se cubrían y disimulaban todos. Si hubo una María Navas sobrado correntona y arriscada; si hubo una María de Heredia encerrada en la galera por escandalosa, si alguna más lo mereció; de Clara Camacho, de Damiana López, de Mariana Romero y de otras varias, sólo méritos y alabanzas se cuentan como actrices y como mujeres: su

retiro fué el claustro, como lo fué para la famosa María Calderón, amiga de Felipe IV y madre del segundo don Juan de Austria. No fué menos célebre como histrionisa y como mujer galante, ni menos ejemplar en su muerte la muy nombrada Francisca Baltasara, que de repente hizo alto en la espléndida carrera de sus triunfos y se despidió de las pompas y vanidades del mundo para hacer vida de anacoreta en un santuario á media legua de Cartagena, donde dicese que murió en olor de santidad. Tan grande fué su celebridad, que á poco de muerta, y cuando aun la sobrevivía su marido Miguel Ruiz, gracioso de la compañía de Heredia donde ambos trabajaron, se hizo de su vida y milagros una famosa comedia intitulada *La Baltasara*. Es de lo más disparatado que se ha escrito, aunque por plumas de tanto prez como las de Vélez de Guevara, Coello y Rojas; pero sin duda hubo de ser bastante singular y dramática la verdadera biografía de la heroína, cuando tan de cerca le siguió aquel ruidoso testimonio de fama póstuma, que por cierto valió á sus compañeros de profesión cuantiosas utilidades. Observemos, entre paréntesis, que pudo también dar margen á esta especie de apoteosis la circunstancia de haber representado *La Baltasara* muchos papeles de hombre; y no así como quiera, sino de hombre de pelo en pecho. Dice de ella Pellicer: *Era la Baltasara primera dama, y no sólo desempeñaba este papel con perfección, sino que era muy aplaudida en la ejecución de otros papeles en que, vestida de hombre, hacía de valiente montando á caballo, haciendo guapezas é intimando retos y desafíos*. Bien es verdad que en eso de galanear la imitaron muchas actrices de su tiempo, progreso notable de la libertad histriónica, que puso de tan mal humor á los teólogos como los bailes sobrado libres con que se amenizaban las funciones teatrales. No hacía un siglo que sólo los muchachos eran en el tablado insípidos representantes del bello sexo, y vueltas las tornas, ya las damas vestían, con gentil desenfado, ropillas y gregüescos, ceñían espada y calzaban espuela. ¿Era por falta de galanes? No por cierto, sino por dar una salsilla apetitosa á los espectáculos, como sería de inferir aun sin el testimonio del buen Cristóbal Santiago Ortiz, arriba mencionado. Excusamos advertir que con tan ameno recurso pudieron ganar más que sin él las compañías; pero el arte, maldita de Dios la cosa.

Hasta aquí hemos visto, desmintiendo al autor de *Gil Blas*, sea quien fuere y á otros Zoilos de la época, que el histrionismo español no fué ni con mucho tan pecador como se ha pretendido, y aun si no temiéramos alargar mucho esta disertación, que ya no es breve, nos sería fácil probar que, habida consideración á los peligros y tentaciones de que entonces estaba rodeado, excedió en sus individuos la suma de las virtudes á la de los vicios. Ahora diremos también en honor de esta clase, que no siempre hacía su recluta entre gente vaga, ignorante y mal entretenida: apellidos ilustres suenan en ella desde muy á los principios; caballeros muy calificados se dieron á la farándula, ó por irresistible afición á ella, ó por amores con cómicas *in facie ecclesie* santificados; y no faltaron damas verdaderas que cediendo á su vocación pudieron sobre la escena imitar sin esfuerzo el cultivado ingenio y los donosos melindres de las damas de Calderón. De instrucción y talento cupo también razonable dosis á los comediantes que conmemoramos. Consta que muchos de ellos compusieron comedias, y otros en mayor número se dedicaron á escribir loas, entremeses, y otras farsas de poca importancia, pero que suponían en sus autores algún ingenio y una regular educación. Sin los ya anteriormente nombrados, como Juan de la Encina, Lope de Rueda, Naharro el de Toledo y el celeberrimo Agustín de Rojas, figuran con honra en el catálogo de escritores dramáticos españoles los comediantes Villegas, Cisneros, Tomás de Fuente, Morales, Correa, Grajales, Claramonte y otros de que se conservan estimables producciones; y aunque no hayan llegado á nosotros las de Velázquez, Angulo, Gabriel Torres, Zurita, Mesa, Ruiz Avendaño, Sánchez, Vergara, Castro y algunos más, el dicho Rojas no les escasea los encomios. Es de recelar que algunos de los últimos, y otros que ni aun por su nombre son conocidos, antes fuesen malos remendones y plagiarios descarados que verdaderos autores, pues de semejantes falsificaciones y contrabandos ya se quejaron los que fueron sus víctimas, y en un romance satírico de la época se atestigua esta verdad, si bien con versos tan deplorables como los siguientes:

« De esto no tiene la culpa,
Sino aquel que va engañado
Juzgando es comedia nueva,
Y le dan fiebre por gato;
Que al que ha leído comedias

No es muy fácil engañarlo,
Aunque los títulos muden
Con arenga en el tablado. »

Para concluir satisfactoriamente esta ligera revista personal de nuestros actores del XVII siglo consignaremos aquí con mucho gusto que uno de ellos, *Damián Arias de Peñafiel*, fué tan excelente mimico y declamador que *los más afamados oradores de la corte* (predicadores, por supuesto), *concurrían con frecuencia á oírle para aprender á hablar y accionar con perfección*. No deslindaremos con nimia escrupulosidad, que á algunos pudiera parecer malintencionada, hasta qué punto puedan y deban ser análogas las dotes de un buen actor y las de un buen orador, ni si puede su asimilación traer el inconveniente de dar cómicos al púlpito y predicadores á la escena; pues aunque algo de esto pudo suceder, no es lícito desvirtuar con cavilosas interpretaciones un hecho averiguado, que ciertamente no hubiera tenido lugar á haber sido Peñafiel un comediante de tres al cuarto. Consta que el príncipe de la oratoria Cicerón no desdennó las lecciones de Roscio y de Esopo, celeberrimos comediantes de su tiempo, y hasta ahora nadie ha acusado de farsante al autor de las *Catiliarias* ni de predicadores gerundianos á sus maestros de declamación.

Habiendo, pues, demostrado que entre los príncipes de nuestros antiguos comediantes abundaron las cualidades y condiciones que el buen desempeño de su arte requería, no fué en verdad culpa suya, sino de las varias causas que dejamos enumeradas, lo mucho que aquella en su tiempo y muchos años después distó de la perfección á que en el nuestro ha llegado.

¿Qué diremos ahora del largo período que siguió al que acabamos de recorrer? Lo que fué en él nuestra historia literaria y la lamentable de nuestros coliseos en lo material, uno y otro ya expuesto en este escrito, nos obligan á pasar casi por alto fastos tan infelices. Con la decadencia de la monarquía, que por todas partes desfallecía y se desmoronaba, alcanzó á las letras desde poco después de la muerte de Felipe IV la postración general de que parecía vivo representante el último monarca español de la dinastía austriaca. Aunque sobrado aprensivo, sobre achacoso y débil, no fué enemigo del teatro Carlos II, pero su agnóstico reinado era, según las ideas dominantes, más cortado para rogativas, exorcis-

mos y autos de fe, que para alardes de ingenio, y espectáculos y regocijos. Con Calderón, el más sobresaliente y el más longevo, el Aquiles y el Nestor al mismo tiempo de aquella luminosa constelación de autores dramáticos, expiró, así puede decirse, la Talía española. El siglo XVIII se inauguró con una larga y obstinada guerra, la de sucesión, que vino á ser civil para España, porque en sus campos, como de costumbre, se libraron las batallas que habían de decidir intereses europeos ligados con los nuestros. Mientras duró aquella calamidad, ó estuvieron cerrados los teatros, ó apenas dieron señal de vida. Venció la casa de Borbón, que aun felizmente reina. Su primer agosto representante en el trono de San Fernando, el animoso é ilustrado Felipe V, que fundó y dotó espléndidamente la Biblioteca Nacional y la Academia Española, no se manifestó tan aficionado á nuestro teatro como hubiera sido de desear, sin duda porque la alta política, que tanto dió que hacer á sus ministros, de buen ó mal grado llamó también preferentemente la atención de S. M.; el cual por otra parte fué muy casero, digámoslo así, en sus placeres y diversiones, y en punto á espectáculos, prefería los líricos, y esos en el Buen Retiro. En su glorioso sucesor, el señor don Fernando VI, aun fué más marcada la filarmónica, y también en la reina doña Bárbara, tanto, que llegó á ser su favorito, ó poco menos el famoso *Farinelli*, músico de gran mérito, director y actor de la ópera italiana, á quien esta última condición no sirvió de obstáculo para ser nombrado caballero del hábito de Santiago. Con más gusto citaríamos esta notable distinción, si hubiera recaído en un artista español; pero es justo confesar que el agraciado se hizo en todos conceptos digno de ella, pues modelo de modestia y desinterés, supo conducirse con singular cordura en terreno tan resbaladizo y posición tan tentadora, no queriendo nunca salir de su esfera, único medio de conservarse bien quisto en la corte. Como quiera, éste fué un auténtico testimonio de que la condición social de los actores en España nunca fué tan injustamente vejada y abatida como en otras naciones. Hasta el siglo XV fué proscrita la clase, es verdad, pero sólo *pro formula*, porque en realidad no existía; á luego de constituida, el gobierno la miró con benevolencia, aunque de reojo la curia; más adelante fueron sus individuos objeto de toda clase de atenciones y agasajos por parte de los grandes y de

toda persona de valía; visiblemente fueron ganando luego en consideración por las leyes y por las costumbres, pública y privadamente; y, por último, cuando el gobierno constitucional los igualó en derechos á los demás ciudadanos, ya la opinión general estaba perfectamente de acuerdo con este acto de justicia.

Más atendida fué la escena española en el memorable reinado de Carlos III que en los dos anteriores. Bastante hicieron por mejorarlos en todos sentidos el conde de Aranda y el marqués de Grimaldi. Por entonces dejaron siquiera de ser corrales; pero ni hubo bastantes elementos literarios y artísticos para realizar en ellos una reforma radical, ni aun los que había se prestaron el mutuo auxilio que habían menester. La nueva escuela dramática, esto es, la francesa, que como ya lo hemos indicado más de una vez, se acomodaba más al ejercicio de la verdadera declamación teatral, no habían echado aun raíces en nuestro suelo; aun componían en gran parte el caudal de nuestras compañías las comedias de Lope, Calderón, Moreto, Rojas, Montalván, etc.; pero no había escritores que lo renovasen, ni por lo visto actores que con su habilidad lo rejuveneciesen; ni ya dejaría de chocar algún tanto con los hábitos, ideas y gustos de un siglo tan diferente al anterior bajo cualquier aspecto que se le considere. El filosofismo de los enciclopedistas en vano pugnaba por penetrar en la Península; todavía no madura para tanto, y con perdón de aquellos señores, tampoco sus lucubraciones han dado frutos muy opimos á la escena; si se exceptúan algunas tragedias de *Voltaire*; pero en su lugar nos favoreció más de lo conveniente el soporífero sentimentalismo de que fueron dignos intérpretes los escritores de munición, tan victoriosa como merecidamente vapulados por Moratín. Así, pues, sin detenernos más en este período, que puede llamarse de transición, y calificaríamos de completamente estéril si con lentitud, y casi sin designio, no se hubiera en él incubado otra era harto más gloriosa para el teatro español, diremos que no faltaron esfuerzos aislados más ó menos meritorios para sacarlo de su crónico marasmo, ni actores de justa nombradía en uno y otro sexo; en el bello especialmente, que suministró á la escena tres notabilidades á cual más extraordinarias, una en cada tercio del siglo; á saber: en el primero, *Petronila Jibaja*, ídolo de Madrid por su hermosura,

su talento y sus gracias; en el segundo *María Ladvenant*, que sin ceder á su antecesora ni en el mérito personal ni en el artístico, se hizo también admirar por sus virtudes, y cuya muerte, á la temprana edad de veinte y cuatro años, fué universalmente llorada; *Rita Luna*, en el tercero, de cuya voz simpática, exquisita sensibilidad, inteligencia y amor al arte, se hacen lenguas todavía las pocas personas provecas que alcanzaron sus últimos triunfos teatrales, tanto más legítimos y plausibles por la escasa cooperación que en la generalidad de sus rutinarios compañeros pudo hallar, y por el atraso de que aun adolecía *in utroque* la escena española. Fué por cierto muy de sentir que siendo contemporánea de *Isidoro Maiquez*, nunca hubiese representado con él, por circunstancias que sin duda no dependieron del uno ni del otro. Pasemos ahora á hablar de aquel ilustre actor, que tal nombre merece, no sólo por lo mucho que él valió, sino por la grande influencia que tuvo en que el arte que profesó con tanto ardor y perseverancia llegase en nuestra patria á su mayor altura.

Para el mejor desempeño de esta parte, no la menos grata de nuestra tarea, seguiremos, aunque abreviando en lo posible la jornada, á nuestro erudito y apreciable amigo el señor don José de la Revilla en su *Vida artística de don Isidoro Maiquez*, impresa por Burgos en 1845. Admirador de Maiquez el señor Revilla, á quien conoció y trató, aunque por la diferencia de la edad hubiera podido el actor ser holgadamente padre de su biógrafo, y contando, además de sus propias observaciones, con las que á su diligencia suministraron documentos auténticos y recientes tradiciones, pudo darnos y nos dió con efecto en pocas páginas cuantas noticias pudiéramos apetecer acerca de aquel distinguido artista, noticias cuya exactitud confirman nuestros vagos recuerdos y los no inciertos de personas coetáneas de Maiquez, que ó viven todavía, ó acerca de él dejaron no ha muchos años consignada su opinión, bien de palabra, bien por escrito.

Como la vida privada de nuestro eminente actor estuvo muy ligada con la artística, y todo interesa en personas de mérito superior, daremos simultáneamente el epítome de una y otra.

Hijo del *ejercicio*, nació Maiquez en Cartagena el día 17 de marzo de 1768, y siguió á su padre, actor mediano, en la vida sobrado ambulante de que pocos de esta profesión pueden excusarse y menos pudieron